

Citar: Apellidos, N. (2013) "Título", en: Giménez Rodríguez, S. y Tardivo, G. (Coords.) *Proyectos sociales, creativos y sostenibles*. Toledo: ACMS, pp.

EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO EN LAS REVISTAS ITALIANAS Y ESPAÑOLAS

Giuliano Tardivo

Universidad ReyJuan Carlos

giuliano.tardivo@urjc.es

1. LOS ORÍGENES DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO.

Es difícil, como ocurre casi siempre con las Ciencias Sociales, dar una definición precisa y delimitar con exactitud, en el tiempo, el surgimiento del Interaccionismo Simbólico, la corriente o escuela sociológica y de psicología social que tanta difusión ha tenido en Occidente durante el siglo XX. La dificultad de encontrar definiciones más o menos válidas y aceptadas o consensuadas, dificulta el trabajo sociológico, como es bien sabido. Pero este preámbulo se hace necesario para luego, en la segunda parte del presente texto, analizar más detenidamente cómo esta escuela se ha trasladado de EE.UU. a Europa, y qué presencia tiene en las revistas sociológicas italianas y españolas, que es el tema específico que queremos profundizar en la presente intervención.

Si leyéramos solamente un libro de metodología como el de Corbetta, podríamos llegar a tener la sensación de que los padres del interaccionismo simbólico, así como de toda perspectiva microsociológica, fuesen en realidad Dilthey y Weber, lo cual podría parecer una provocación. Weber, de hecho, ha sido considerado prácticamente padre de todo: de la sociología, de la sociología del conflicto (Collins, 1996: 61), de la sociología comprensiva, y de toda la sociología contemporánea, que es en gran parte o weberiana o durkheimiana. Sin embargo los conceptos de *Verstehen* y de *Erlebnis* han tenido una importancia fundamental al indicar el trayecto que luego intentarían recorrer, con resultados más o menos apreciables, los sociólogos americanos del siglo XX (Corbetta, 1999: 32-33).

Según Corbetta, en Weber encontramos “todos los temas luego desarrollados por (...) la sociología fenomenológica, el interaccionismo simbólico y la etnometodología” (Corbetta: 37). Más allá del origen más o menos weberiano, no cabe duda de que el boom de la tradición microsociológica tiene su origen en EE.UU., como respuesta y consencuencia a la crisis de los grandes relatos, que aquí se produjo con mucha anterioridad respecto a Europa y concretamente a países como Italia y Francia, donde las ideologías palingenéticas siguieron ejerciendo cierta influencia en el pensamiento hasta hace relativamente poco. El interaccionismo simbólico y la microsociología se afirman también como respuesta y definitiva negación de las verdades absolutas y de las certezas, de las categorías y clases, separadas y enfrentadas, durante todo el siglo XIX y primera parte del siglo XX, sin posibilidad de comunicación y de role-taking (Perrotta: 61).

Durante el siglo XX la vida en sociedad se hace más compleja, las personas se diferencian, ya no comparten todo como antaño, ya no tienen una conciencia de clase tan bien definida, como los obreros de las grandes fábricas. Desde este punto de vista, no es casual que el Interaccionismo simbólico naciera en EE.UU. antes que en París o en Turín, ciudad en la que todavía en los sesenta del siglo XX se iba a escuela de clase obrera, y se trataba a Gramsci como un icono. Un autor, éste último, que tuvo muchas virtudes, pero que, sin duda alguna, no puede ser considerado un precursor del interaccionismo, dado que sus Caudernos fueron definidos, con razón, apuntes sobre el Universo.

La importancia fundamental de EE.UU. en este campo, es reconocida por un sociólogo crítico como Collins: “El microinteraccionismo no es la sola tradición sociológica americana, pero en mi opinión representa la contribución más original que dio ese país al campo sociológico” (Collins: 175). Un filón sociológico que se desarrolló también por la fuerte presencia en EE.UU. de intelectuales europeos, (sobre todo alemanes), dado que ese país se convirtió en protagonista absoluto, desde un punto de vista económico y social, de la segunda mitad del siglo XX, es decir del llamado “siglo americano” (Zunz, 2002). Y EE.UU. fue el país en el que menos peso ha tenido la tradición marxista entre los intelectuales y donde en realidad “el radicalismo nunca cobró

una forma manifiestamente colectivista” (Alexander, 2000: 164).

2.EL MANIFIESTO DE BLUMER.

Es difícil establecer la verdadera identidad del padre y fundador de una escuela tan heterogénea y tan poco “escuela”, en el sentido clásico que tiene esta palabra, en el lenguaje sociológico. Hay incluso quien niega que se pueda hablar de una verdadera escuela interaccionista, por la falta de una mínima *koiné* entre los autores, y quien reconoce la necesidad de distinguir entre la escuela de Chicago y la de Iowa, es decir, fundamentalmente, entre Blumer y Kuhn. Aunque tampoco faltan quienes, como Denzin (Perrotta, 2005: 24), reduce significativamente la envergadura del enfrentamiento entre secuaces de Blumer y de Kuhn, y atribuye a Reynolds la leyenda de estas dos facciones, “la una contra la otra, armadas”, parafraseando a Manzoni. Por supuesto, muchos consideran a G.H. Mead como el verdadero padre del Interaccionismo Simbólico, pero en realidad Mead no era un sociólogo, sino un filósofo, admirador de la psicología de Watson, a cuyo modelo basado en la combinación de estímulo y respuesta añadió un pasaje intermedio, el de la interpretación. Su obra principal, traducida al italiano con el título de *Mente, Sé e Società*, (*Mind, self and society*), en realidad no fue escrita directamente por él, sino como resultado de los apuntes retomados por sus alumnos y quizá también en parte como resultado de la libre interpretación de estos. De hecho, Lewis y Smith han subrayado la existencia de importantes diferencias entre el pensamiento de Mead y la reflexión sociológica de los otros autores del Interaccionismo (Lewis, D.G., y Smith, R.L., 1980). Confirma a este respecto Alexander que el filósofo pragmatista Mead fue muy importante para la teoría sociológica moderna, pero en realidad “el interaccionismo contemporáneo se ha alejado del impulso institucional y colectivo de Mead” (Alexander: 175). En realidad es el mismo Blumer quien, prácticamente en la primera página de su manifiesto interaccionista (Blumer, H., 2008: 33), reconoce la deuda que tiene con su maestro Mead, capaz de “poner de verdad las bases del interaccionismo simbólico”. Otros, sin embargo, empiezan a hablar del Interaccionismo a partir de las reflexiones de Cooley o del teorema de Thomas o de las reflexiones de Robert Ezra Park contenidas en su célebre *Behind Our Masks*, pero en realidad nadie ha teorizado tan exactamente y claramente los principios del Interaccionismo Simbólico como hizo Blumer, que fue a la vez discípulo y admirador de Mead, y el autor que acuñó de verdad e hizo célebre el concepto mismo de Interaccionismo simbólico, en 1938. En resumen, Blumer

es al Interaccionismo lo que Comte a la sociología. Es curioso además, que justo un siglo después de que Comte revelara que ya era hora de sustituir la vieja física social por una ciencia más moderna y positiva, la sociología, en 1938, como decíamos un siglo más tarde, Blumer, coniendo esta nueva expresión, implícitamente declarara la necesidad de que la sociología dejara ya de ocuparse sólo de máximos sistemas y de tablas estadísticas y bajara a la tierra y profundizara en las dificultades de la vida cotidiana y de la comunicación cara a cara. Entonces podemos afirmar que el Interaccionsimo nació en EE.UU., en la Universidad de Chicago, en las primeras décadas del siglo XX, y que estas pocas realidades son las únicas “casi certezas” que tenemos a nuestra disposición, porque, como afirma Rock, “la divisiones y la ausencia total de unidad caracterizan la escuela de Chicago desde sus orígenes” (Rocck, 1979: 99).

Pero fue Blumer, quien llegó a la sociología casi por azar, pensando que sociología y socialismo fuesen sinónimos, gracias a que tuvo que dejar de ser jugador profesional de fútbol por una lesión, (Monti, 2008: 36), fue él quien consiguió realmente hacer del interaccionismo simbólico “una fuerte corriente subterránea y una voz de oposición” (Collins: 190).

¿Cuáles son, al fin y al cabo, las características fundamentales de los autores interaccionistas? ¿Hay un corpus común, y de verdad se puede hablar de escuela, o sería mejor hablar de escuela sin escuela, como por Palo Alto? ¿Fue de verdad un autor perteneciente a la escuela del Interaccionismo simbólico Ervin Goffman, sobre todo por el uso continuo que hace el sociólogo de Manville de la teoría del “otro generalizado” de Mead (Straniero, 2004: 42) o, como dice Collins, y confirma Gonos (quién considera a Goffman directamente y sin duda alguna un autor estructuralista) sólo unos superficiales incompetentes pueden incluir a este autor tan genuinamente durkheimiano y tan ideológicamente conservador en esta escuela? (Collins: 201). ¿El sociólogo de Manville se puede considerar como un simple enamorado eterno y un repetidor poco original, y quizá poco disciplinado y ortodoxo del análisis social de Durkheim, del cual se enamoró ya en 1944, asistiendo, todavía joven estudiante, a un seminario sobre *Le Suicidie*? ¿O se trata simplemente de un autor con intereses y enfoques variados, y que analiza la vida cotidiana a partir de una perspectiva dramatórgica que se puede considerar solamente cercana, y no equivalente, a la interaccionista (Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978: 176)? ¿Qué tienen

en común de verdad el teorema de Thomas, las reflexiones de Cooley y Mead sobre el “sí” y el enfoque dramaturgista de Goffman? Todas estas cuestiones acompañan el debate en torno al Interaccionismo simbólico, y a su importancia teórica y práctica en el discurso teórico de la sociología moderna y contemporánea. No podemos contestar a todas estas preguntas en el contexto de un ensayo tan breve y pensado para la exposición oral como este, pero, sin duda, podemos sugerir la relectura del manifiesto de Blumer para acercarse al tema.

Antes de hablar de la presencia, o relativa ausencia, del interaccionismo en las revistas sociológicas italianas y españolas, queremos añadir algunas cosas más a este respecto. El interaccionismo simbólico, como sugiere la misma palabra, tiene como objeto principal de sus investigaciones sociológicas el estudio de la interacción social, mediada a través de símbolos. La idea fundamental es que el significado que damos a las cosas no es algo predeterminado, sino que depende de la interacción social, entre las personas. De hecho, con Blumer y Merton terminaba para siempre una segunda generación de grandes sociólogos americanos que habían sabido adaptar la sociología a sus tiempos, y que habían sabido alejarla de las reflexiones sistémicas y abstractas de otros grandes maestros de la generación anterior, como Parsons.

El Interaccionismo nace oficialmente antes del declive del modelo hegemónico parsoniano, pero tiene su momento de mayor difusión y aceptación, en diferentes campos empíricos y disciplinas, sólo a partir de los '60 del siglo XX (Alexander: 161), cuando ya entró en crisis la idea de que cualquier reflexión sociológica, como dijo Kingsley Davis en 1959 (Wallace, Wolf: 27), científicamente válida tenía que ser al fin y al cabo funcionalista o inscribirse dentro del modelo estructural-funcionalista.

El Interaccionismo se caracteriza también, como nos recuerda otra vez Blumer, por privilegiar las investigaciones cualitativas sobre las estadísticas y utilizar sobre todo la observación participante como técnica de investigación privilegiada, además de negar cualquier tipo de verdad absoluta y mirar a los fenómenos sociales sin prejuicios y sin llegar a ponerse del lado de los más débiles o de las clases desfavorecidas, como demuestra Goffman en su estudio sobre los Internados. Es decir sin llegar a confundirse nunca con la expresión de una caridad cristiana, o la de una revolución palingenética en favor de las clases más humildes. Goffman y los otros autores interaccionistas, de hecho, renuncian de forma consciente a “cualquier pretensión teórica magniloquente”, y se limitan a hacer etnografía humana (Straniero: 81). Desde este punto de vista se puede afirmar que Hannah

Arendt, en su maravilloso “Eichmann en Jerusalem”, aplica, quizá inconscientemente, una perspectiva claramente interaccionista, rechazando la aplicación de etiquetas, (barbaros, monstruos, inhumanos), en su peculiar análisis del jerarca nazista bajo proceso. De hecho, todo interaccionista lucha contra las etiquetas, los prejuicios, la distinción del mundo en buenos y malos, en proletarios y capitalistas, etc.

3.EL INTERACCIONISMO EN LAS REVISTAS ITALIANAS Y ESPAÑOLAS.

Antes de empezar a examinar el número de artículos de algunas de las principales publicaciones sociológicas que tratan directamente el tema del Interaccionismo simbólico, me gustaría subrayar cómo, sobre todo en el caso italiano, que es el que mejor conocemos, el interaccionismo y el interés por las pequeñas cosas, por los significados que atribuimos a la realidad cotidiana y a la identidad cambiante de las personas, ha tenido cierta relevancia también en el mundo literario y de la poesía, que desde este punto de vista han precedido y se han anticipado a la reflexión sociológica. De hecho, nos podemos preguntar: ¿Fueron interaccionistas Pirandello y Gozzano, por citar a dos figuras consagradas de la literatura italiana? Según Rosalba Perrotta, decididamente sí. Gozzano es, según Benedetto Croce, el único verdadero poeta italiano del siglo XX (Mengaldo, 1978: 90 y ss.). Y es un poeta con una fuerte implicación psicológica y sociológica, que no llegó a conocer o a leer directamente a Mead, Blumer o Cooley, pero que redescubrió, al igual que estos sociólogos, las pequeñas cosas, la vida cotidiana y la importancia del proceso de significación de las cosas, es decir procesos a los que los interaccionistas han dado mucho peso. Como el Goffman interaccionista, Gozzano utiliza, por ejemplo, palabras nuevas para referirse a conceptos ya conocidos, porque tiene en cuenta en sus definiciones el punto de vista de los observados, y no sólo el suyo, privilegiado, de observador. Así queda patente cuando habla de *civettare* o de *crestaia*. O cuando a las grandes puestas en escena, espectaculares, de D’Annunzio, contraponen las pequeñas y pobres cosas. Con Gozzano se rompe la división entre mundo culto y profano, entre palabras literarias y no literarias, anticipando las críticas de los antropólogos culturales a la idea de una cultura alta que se distinguiría de la incultura, como si de una sustancia que tenemos dentro de nuestros cuerpos se tratara. Todo es cultura, incluso las realidades insignificantes del mundo cotidiano, y en esto Gozzano anticipa a Goffman, y a los otros interaccionistas, como Goffman había hecho dando voz a

los internados, en lugar de dedicarse a las grandes teorías o a elaborar un programa más de revolución palingénica para la humanidad. Un paralelismo análogo se puede realizar, y de hecho Vaccarino y otros han intentado realizar, entre Goffman y Pirandello, que juega en sus obras sobre los infinitos *selves* que un individuo puede adoptar y mostrar durante la interacción, como por ejemplo ocurre en su obra *Uno nessuno centomila*. Los personajes que protagonizan las novelas de Pirandello o las obras de Proust son personajes indefinidos, cambiantes, sin una identidad precisa, exacta, siempre igual a sí misma, como ocurría en otros tiempos, por ejemplo en la época de Don Quijote o de Madame Bovary (Perrotta:125).

En realidad es sobre todo a partir de los sesenta del siglo XX que la presencia interaccionista en el ámbito de la sociología oficial ha ido creciendo decididamente, y cada vez se ha reservado más espacio a esta corriente en revistas y manuales de sociología (Perrotta: 19). El '68 representó un proceso de ruptura de la identidad anterior y contribuyó a reforzar la exigencia de una nueva vía, alternativa, en el campo de la investigación sociológica. A este respecto, David Maines afirma: "Señales evidentes nos revelan que la sociología general es cada vez más interaccionista en su aspecto conceptual" (Perrotta: 19).

Por lo que atañe a las revistas italianas, que hemos tomado en consideración, estos son los resultados de nuestra pequeña, y por obvias razones limitada, investigación, que nos prometemos completar con más detenimiento y exactitud en un futuro próximo.

En la revista de la Editorial Franco Angeli, "Sociologia e Ricerca Sociale", el Interaccionismo es objeto de un número casi monográfico, el número 90 de 2009. De hecho en este número la expresión interaccionismo simbólico aparece explícitamente citada en el título de un artículo escrito por el sociólogo Raffale Rauty: "L'interazionismo simbolico: un percorso di studio", de sólo tres páginas que sirve como introducción a la misma. Luego, vuelve a aparecer en un artículo de Norman Denzin, "L'eredità interazionista", un artículo mucho más extendido, que ocupa 27 páginas. A continuación va un artículo de Gianni Losito, dedicado a la Interacción social, de 14 páginas. En otra revista, "Sociologia della Comunicazione" se encuentran tres artículos relacionados, al menos en el título, con la Escuela del Interaccionismo simbólico, lo cual demuestra la interdisciplinariedad de esta corriente que se ha ocupado de interacción, de símbolos, de lenguaje, de comunicación verbal y no verbal, de identidad y desviación, entre otros temas. En uno de estos tres artículos en realidad el tema principal es el análisis de la etnometodología, corriente microsociológica cercana al

interaccionismo (es el artículo de Aurelia Maccarino, “Etnometodologia e scienze sociali” de 1993). En los otros dos se habla más explícitamente de interaccionismo (Capucci, P G, “Infrastrutture del simbolico”, nº38, 2005 y en otro de Rovberto Bartoletti, “Oggetti dell’indifferenza. Simbolico del sociale e oggetti mediati”, nº35, 2004). Hay que decir, además, que la editorial Il Mulino lleva años publicando una revista llamada Etnografia e Ricerca Qualitativa, que se dedica a hacer públicos los últimos resultados de las investigaciones cualitativas y de la observación participante en campo internacional. Una revista que no se titula Symbolic Interaction como la conocida revista americana, pero que puede ser inscrita dentro de este filón de investigación y análisis.

En la principal revista sociológica española, la REIS, la expresión Interaccionismo simbólico, aparece explícitamente citada en el título de un solo artículo. Mientras que según el buscador rápido por lo menos 319 artículos se relacionan de alguna forma con el tema del interaccionismo. Se trata de un número muy reducido, si tenemos en consideración que es una revista que se publica desde 1978 y que, por ende, ha publicado miles de artículos a lo largo de su historia. Pero es significativo recordar que este artículo, en el que se habla explícitamente de interaccionismo ya desde el título, aparece en el primer número de la revista, el histórico número 1 de 1978. Quizá una elección no casual. Se trata efectivamente de un artículo muy significativo, escrito por dos gigantes de la sociología española como Julio Carabaña y Emilio Lamo de Espinosa, y que tiene además una extensión muy considerable (44 páginas). ¿Por qué es tan significativo este artículo? Sobre todo porque reconoce implícitamente lo que acabamos de decir, que en España, hasta entonces, el interaccionismo simbólico había recibido poquísima atención: “pueden contarse con los dedos de la mano –dicen los autores- los escritos en castellano sobre el interaccionismo simbólico” (Carabaña y Lamo de Espinosa: 159). Efectivamente podía un país que acababa de salir de una dictadura y que estaba dividido ideológicamente entre una oposición al régimen radical y marxista (el PSOE en el '78 todavía no había pasado por su Bad Godesberg) y un frente conservador todavía en proceso de democratización, dar espacio a un enfoque ideológico, y con cierta tendencia hacia el liberalismo democrático? En realidad, como anteriormente hemos anunciado, profundizando un poco más y poniendo en el buscador la palabra interaccionismo y la palabra “interacción” son varios y repetidos los artículos que más o menos directamente hablan de temas afines a nuestra investigación. Y Goffman tiene dos artículos dedicados a desarrollar su doctrina o a explicar su pensamiento,

así como Mead, padre de la escuela, es citado directamente en el título de dos artículos de la revista REIS (en el número 74 de 1996 y en el número 55 de 1991). En la revista “Política y Sociedad” directamente citado en el título no se encuentra ningún artículo dedicado al interaccionismo simbólico.

En suma, es una escuela que necesitaría más espacio en publicaciones y revistas. Y desde este punto de vista, el artículo de Lamo de Espinosa y Carabaña, representa quizá un hito que ha abierto un camino todavía por explorar.

REVISTA	INTERACCIONISMO SIMBÓLICO (Nº ARTICULOS Y Nº PÁGINAS)
SOCIOLOGIA E RICERCA SOCIALE	3 ARTÍCULOS (3+27+14)

REVISTA	INTERACC. (Nº ART. Y Nº PÁGINAS)
REIS	1 ARTÍCULO (44)

4. BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, J C (2000), Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial, Barcelona, Gedisa.

BLUMER, H (2008), Interazionismo simbolico, Bologna, Il Mulino.

BURNS, T (1992), Erving Goffman, Bologna, il Mulino.

CAPUCCI, P, “Infrastrutture del simbolico”, RIVISTA SOCIOLOGIA DELLA COMUNICAZIONE, 38/2005.

CARABAÑA, J Y LAMO DE ESPINOSA, E, “La Teoría social del Interaccionismo simbólico. Análisis y valoración crítica”, en REIS, 1/78: 159-203.

COLLINS, R (1996), Quattro tradizioni sociologiche, Bologna, Zanichelli.

CORBETTA, P (1999), Metodologia e Tecniche della Ricerca Sociale, Bologna, Il Mulino.

DENZIN, N, “L’ereditá interazionista”, 90/2009: 48-74.

LOSITO, G, “Interazione sociale e interazione con i testi mediali”, SOCIOLOGIA E RICERCA SOCIALE, 90/2009: 20-33.

MACCARINO, A, “Etnometodologia e scienze sociali”, 19/1993.

MENGALDO, PV (1978), Poeti italiani del Novecento, Milano, Mondadori.

MONTI, E (2008), Ritratti di interazionisti simbolici americani, Milano, Franco Angeli.

PERROTTA, R (2005), Cornici, specchi, maschere. Interazionismo simbolico e comunicazione, Bologna, Clueb.

RAUTI, R, "Interaccionismo simbolico: un percorso di studio", SOCIOLOGIA E RICERCA SOCIALE, 90/2009: 45-47.

STRANIERO, G (2004), Faccia a faccia. Interazione sociale e osservazione partecipante nell'opera di Erving Goffman, Torino, Bollati, Boringhieri.

WALLACE, R A y WOLF, A (1985), La Teoria Sociologica contemporanea, Bologna, Il Mulino.